de tamaña ingratitud? que seria si el Señor no te llamara? Ah! lleno de confianza á las plantas de Cristo Jesus, dile que se acuerde de las veces que El mismo te buscaba, ya que tú lloras las veces que lo oias y no quisiste hacerle caso. Ay! que infeliz fuiste! pero dale ahora todo á Jesus, mediante la resolucion firme de confesarte lo mas pronto posible: proclámalo como el defensor de tu vida ya que te ha libertado de la muerte eterna; proclámalo guia de tu corazon, ya que no obstante su ceguedad. El continuó dirigiéndolo; proclámalo bienhechor de tu salud, ya que apesar de la gravísima enfermedad de la culpa, El te está procurando completa curacion; dile: en voz espero, inclinad vuestra misericordia á mis ruegos, tomad, tomad posesion de todo mi querer, de mi misma libertad, y de todo mi corazon. Mas ¡ó maldito pecado que todo lo afeaste! Ah! ven á mí gracia divina, ya que deshecho en llanto y á las plantas misericordiosas de mi Salvador, tomo la resolucion firme de confesarme bien hoy mismo, sin esperar el dia de mañana. Cuántos están en el infierno por haber resuelto, mañana, mañana me confieso y no hoy? Tanto es, ha sido y será siempre verdad el *ó Confesion ó Condenacion.*

CAPITULO VI.

Debo confesarme ahora, porque el número de mis pecados está marcado.

25.—*O Confesion ó Condeñacion.* Asombrado estaba, lector carísimo, el Apóstol S. Pablo al considerar los secretos é incomprensibles juicios de Dios. El anunciaba su evangelio, cual convenia á un vaso de eleccion que habia sido escojido, para que portase su santo nombre por todas las naciones y vaso tan privilegiado que mereció ser lleno de las noticias que broian del tercer cielo. Con todo, si unos escuchaban su palabra y se convertian, otros por el contrario, permanecian endurecidos y no les hacia mella ni

su sabiduría toda celestial, y ni siquiera sus milagros: por esto exclamaba *Dios mio, Dios mio: cuán incomprensibles son tus juicios?* Y no debo yo decirte lo mismo? Examina tu conducta: ¿qué hiciste al despuntar tu razon? que hiciste durante tu juventud? qué hiciste en la edad madura? y ahora qué es lo que haces? La santa cuaresma, los ejercicios espirituales, la gracia extraordinaria de la mosion están sobre tí; y por qué no te aprovechas de este beneficio? por qué no tratas de volverte á Dios? por qué no estás ya haciendo el exámen de conciencia? por qué no te arrepientes debidamente segun la voluntad divina? ¿por qué no formas firme propósito de la enmienda? ¿y por qué no te confiesas? ¡Ah! ¿no quiéres? mala señal, porque con esta conducta te colocas en estado de perdicion. Sabes lo que haces no queriéndote confesar? Haces un nuevo pecado: pecado que tal vez es el último que Dios te permite, despues del cual, necesariamente te habrás de condenar; porque el número de tus pecados está fijo en la mente de Dios, y ciertamente que no te permitirá cometer otro sin que dé contigo en el infierno. ¡Oh justos juicios de Dios, cuán incomprensibles sois! ¡cuántos condenados hay en el infierno con menos pecados! ¡cuántos condenados que no

tuvieron mas que un solo pecado mortal! y por qué á tí te ha sufrido tantos pecados? Teme, que si ahora no te confiesas, este nuevo pecado que haces en no quererte confesar, sea el que determine tu eterna condenacion; porque el número de tus pecados está contado. No digas que tengo que hacer, mis negocios no me lo permiten, no tengo tranquilidad para hacerlo porque tu único negocio, es hacer lo que Dios quiere, y Dios quiere de tí ahora que te confieses, y si por seguir tu obstinacion no quieres confesarte, cometes con este acto de resistencia un pecado mas, y este pecado puede ser el último, despues del cual ya no hay mas remedio que condenarse: tan cierto es, ó confesion ó condenacion! ¡Tal vez no será! y si por ventura es? ¡Teme, teme, porque de Dios nadie se burla! Y debes temer tanto mas, cuanto que hasta ahora no has temido; porque asi como el temor de Dios es el principio de la sabiduría, asi la falta de temor de Dios, lo es de completa perdicion.

26.—*El número de los pecados está marcado.*—Al modo que una medida luego que está llena y colmada, ya no hay modo de llenarla y colmarla mas; asi sucede con el corazon de los pecadores, pues llega un momento á veces en el cual comete el pe-

cador el ultimo pecado; y hecho esto, ya no hay misericordia. Feliz la Magdalena, que no obstante sus pecados no llenó el numero, y desgraciado Cain, que en lugar de confesar á Dios su pecado, lo excusó, por cuya causa se le consumó el número y quedó sujeto a una eterna condenacion. ¡A cuántos cristianos sucede lo propio! Dios los llama, como llamó á Cain, mas ellos que imitaron á Cain en el crímen, lo imitaron tambien en la impenitencia; niegan su pecado, no quieren confesarse, y la falta de confesion les produce la condenacion. Es una verdad de fé, que somos pecadores, y todos tenemos necesidad de convertirnos á Dios; mas cuantos son los pecados que Dios nos ha de permitir? ¡Ah misterio profundo! ¡asunto formidable! ¡abismo inmedible! ¡Quizá el número de los pecados ya lo hemos llenado! por ventura el primer pecado que cometamos nos coloca en el número de los réprobos! Verdad espantosa que opera terriblemente sobre la imaginacion, y abruma la memoria, y aterra al entendimiento, que anonada la voluntad, que horripila el corazon! ¿No quiéres confesarte, lector carísimo? ¡Ah! teme, teme, que esta resistencia te coloque para siempre en el número fatal de los necios. Cuenta la Santa Escritura, que

Dios Nuestro Señor por medio del Profeta Amós dijo á los moradores de Damasco: *Os sufriré tres pecados, pero si llegais á cometer el cuarto pecado, esto no lo sufriré.* Como si dijera: hasta ahora os he tenido paciencia, no obstante vuestros graves pecados, he sufrido vuestras idolatrías, con las que me habeis deshonrado, y aun he sido testigo de las torpezas con que os habeis manchado....ay de vosotros si agravais vuestra situacion con otro pecado! porque entonces derramaré sobre vosotros el caliz de mi furor, ya no os llamaré con el silvo de mi gracia, ya no hareis oracion de un modo meritorio, ya no os convertireis á mí de corazon, y por tanto. "Yo tampoco me convertiré á vosotros y morireis en vuestro pecado." Y quién podrá asegurarte que la resistencia que pones á la confesion no es el último pecado que Dios ha determinado sufrirte? Por qué no te confiesas lector carísimo? vives acaso envuelto en un amancebamiento? has escandalizado tu casa, tu vecindad, el barrio en que vives y aun toda la poblacion? es tu lengua tan infernal que cual tijera maldita, corta y recorta la buena fama del prójimo? te entregaste peligrosamente á las nefandas lecturas de los libros prohibidos? has sido un mal casado, un peor

marido y un indigno padre de familias? "la codicia, la codicia" que segun San Pablo "es la raiz de todos los males" se ha apoderado de tu corazon? Ay! ay de tí si así fuere! porque este no quererte confesar, puede ser el terrible pecado que llene la medida, que quedes abandonado de Dios y bajes repentinamente al profundo de los infiernos cuando menos lo pensares. Porque, te parece poco pecado no quererte confesar ahora que Dios te llama? Es en cierto modo un pecado, que se compone de toda la gravedad y de toda la deformidad y malicia de todos los pecados que has cometido: y este puede ser sin duda el último que Dios ha determinado sufrirte, despues del cual debes ciertamente quedar desamparado de Dios. Qué mayor temeridad se puede dar que arrojarse á cometerlo! Dime, si el Señor te revelara que realmente ese no quererte confesar, es el que cierra el número de tus pecados, lo harias? Claro está que no. Ahora bien, quién te ha dicho lo contrario? quién te ha asegurado que de hecho no es así? Ah! teme, teme mucho, lector carísimo, temamos todos, llenémonos de un santo temblor, porque nadie sabe ni el número de los pecados que Dios le sufrirá; ni su gravedad ni su malicia, al paso que tu sabes y todos

sabemos que el Señor hace todas las cosas con número, medida y peso. Ay si no te confiesas! "ó confesion ó condenacion."

27.—*La misma verdad en la práctica.* Como deseo lector carísimo, que esta verdad del número de los pecados te penetre bien, voy á explicartela prácticamente sirviéndome para este fin, de una de las visiones que tuvo el profeta Zacarias. "Levanta los ojos," le dijo Dios, "y vió un cántaro enorme en cuyo centro habia una mujer sentada que se llamaba Impiedad: y vió tambien una masa de plomo que pesaba un talento cabal, la que servia para cerrar la boca del cántaro." Qué significa el hueco del cántaro? Significa las maldades de la Impiedad, así como la masa de plomo cuyo peso era ni mas ni menos que el de un talento, significa el número de pecados que Dios le sufrirá: hermosa interpretacion que nos hicieron San Agustin, San Juan Crisóstomo y San Gregorio Magno. Ya habrás observado lector carísimo lo que sucede con un cántaro echado en el agua. Al principio va nadando muy lijero; mas le acontece que aquí se inclina, allí recibe una poca de agua, acá se zambulle un poquito, allá se llena casi del todo, y en fin va á dar al fondo. ¡Pobre cántaro! pero nada tiene el hecho de ex-

traordinario, sino que es lo mas comun: y es al propio tiempo una imágen verdadera, de lo que á tí sucederá, si acaso no te confiesas. En efecto; cuando el pecador prorrumpe en juramentos falsos, cuando se venga de su prójimo con conversaciones malignas, cuando maquina un embrollo para quedarse con los bienes agenos, cuando flojo y atrevido no da á su mujer lo necesario para su sustento y el de su familia, cuando descuidado y parlero y entrometido no cuida de su esposa é hijos como debiera, cuando abrasado de la lascivia asesta sus tiros contra la viuda, la casada y aun contra la niña, sufre Dios y aguarda; pero no aguardará siempre, ni siempre sufrirá; sino tan solo hasta que se llene la medida, porque al pecado siguiente, es decir, al pecado cometido despues de ella arroja al culpable al profundo de los infiernos. Sale una jóven sin pudor de un baile profano, y fatigada por el cansancio toma un helado ó bebe un vaso de agua fria, enférmase luego, sacúdela una fiebre ejecutiva, ó un fuerte dolor de costado, y la infeliz muere sin sacramentos. Qué es esto? el médico que erró, los medicamentos que no eran frescos sino que estaban pasados, la medicina que no le fué aplicada, las sanguijuelas que no le prendieron. Oh

qué error! qué locura! que distintos los juicios de los hombres de los de Dios! La causa verdadera es, que completó en el baile el número de sus pecados con sus miradas lascivas, con sus palabras descompuestas y con sus acciones indecentes, y la infeliz baja desde el baile á danzar entre los tizones del infierno. Un jóven sale á su ronda, y entre cánticos indecentes y deseos de lujuria se retira para su casa ya muy avanzada la noche, mas al voltear una esquina le dan una estocada y cae casi muerto. Corren por el padre, pero espira antes de que llegue. Quién tiene la culpa? Es un enemigo que se ha vengado, sus compañeros que no lo auxiliaron, la hora tan intempestiva en que sucedió, el sacristan que se habia dormido y el cura que tardó en venir, hicieron que no pudiese recibir ni siquiera la santa Uncion. Oh que erradas son las ideas de los hombres! La causa verdadera es que completó el número de los pecados, con los cantares lascivos, con las porvidas y falsos juramentos y embriagueces. Infeliz! rondó durante la noche, pero fué para comenzar á rondar en la region del infierno. Hallábase el otro en la pulqueria, en la taberna ó en el café, y despues de haberse llenado de licor hasta mas no poder, le da un

accidente apoplético, y cayó como un rayo en el infierno, para beber allí por siglos de siglos la hiel confeccionada de la misma amargura. Acaba el otro con su cortejo de ofender á Dios, y en los brazos de su ídolo, se siente herido de muerte como otro Antíoco, por una mano invisible, y si bien es verdad que corren en busca del padre, pero tambien es cierto que su confesion fué mala; como antes se habia confesado sacrílegamente, por callar los pecados al confesor, por reincidir en las mismas culpas, y porque no habiendo pensado nunca seriamente en su salvacion, bebia la maldad como un vaso de agua. Desgraciado! consumóse el número de sus pecados, y cual si fuese Antioco, bajó al profundo de los infiernos. Concluyo, con un caso práctico; caso tan terrible y espantoso, como cierto y auténtico, porque el hecho pasó con un sacerdote íntimo amigo del autor de estas líneas, y que lo oyó de sus mismos lábios; y no obstante de que habian pasado mas de diez años, con todo la série de lo acontecido se le habia gravado tan intensamente, que sentia que se erizaban sus cabellos cada vez que lo referia, y muchas veces solo recordarlo le producia ya el mismo efecto.

28.—*Como murió un avaro.*—En una

ciudad muy populosa vivia el señor N. y si bien es verdad que en ciertas cosas se portaba como buen cristiano, pero tambien lo es que la avaricia se habia apoderado de su corazon, y arrastrado por una pasion tan maldita, todos los dias se hacia reo de grandes crímenes. A unos los engañaba en los contratos, á otros les embrollaba su herencia, á aquellos les prestaba con una usura la mas criminal, á esos se les adjudicaba sus tierras por menos de la mitad de su valor, y á estos en fin los trataba con la mayor dureza por no gastar tanto. En el interin se infiltraba en su corazon la avaricia mas y mas; y aun podia asegurarse que su Dios era su oro. El desgraciado no solo no queria confesarse, sino que aun profesaba una especie de ódio á la confesion, que le habria obligado á restituir todo lo que no era suyo; y por consiguiente no se confesó en los ejercicios espirituales, ni en la santa cuaresma, ni en las funciones del mes de Mayo y ni tampoco en el curso de las misiones. Cuando menos lo pensó, ahí está la enfermedad que debia conducirlo al sepulcro, y sus amigos, que algo entreveian su triste estado, volaron en busca del padre. Entró el piadoso sacerdote, íntimo amigo mio, y de cuyos lábios oí la presente historia, entró digo, en

el aposento del desdichado. Cuántos trabajos para hacerle comprender que aquella era su hora postrera! Comienza su confesion, pero no acierta á proferir palabra: el sacerdote lo anima pero en vano, y observa con no poco espanto, que tenia sus ojos fijos en una gran caja. Oh! cuán verdadera es la sentencia de Jesucristo que dice: *en donde está tu tesoro allí está tu corazon*! El padre sin haber podido ni siquiera comenzar la confesion, se ve obligado á dejar al moribundo con el fin de evacuar una necesidad urgente, suplicándole al mismo tiempo que continue su exámen. Mas qué susto seria el suyo, cuando al volver no lo encuentra en su cama? Registra el cuarto y con no poco espanto suyo, lo ve que estaba abrazado con la referida caja. Lo llama y no le responde, le da voces y no se menea, lo toca y conoce que es muerto: asi murió el avaro! así murió el que durante su vida no quiso confesarse! así bajó á los infiernos el que se burlaba de la confesion! Abrieron la caja, la encontraron llena de oro, asi como un gran papel que con caracteres los mas inteligibles decia *esto*, refiriéndose al dinero, *esto es mi Dios*. Lector carísimo que esto acabas de leer ¿no temes? Ignoras por ventura lo que esto fué? No otra cosa, que la medida de

sus gracias ó la medida de los pecados que Dios determinó sufrirle. Y tu quieres envolverte en tanta desdicha? quieres que pronuncie contra tí decreto tan terrible? Ay! ay de mi si tu lo quieres! Dejame llorar tu desgracia! lágrimas inconsolables sedme testigos de tanta infelicidad! montes los mas ásperos en donde estais? Yo quiero retirarme á vivir con vosotros para no llenar el número de mis pecados, porque si me pierdo, para siempre me pierdo, y si me condeno para siempre me condeno. Y qué haces tu lector carísimo? no quieres hacer lo mismo? Yo pienso en lo terrible de este paso, en lo espantoso de un desenlace tan fatal, y en la certidumbre de una verdad tan importante para darme á Dios desde este momento. Y tu qué es lo que haces? Pobrecito: si el número de tus pecados se te llena con el no me quiero confesar! pobrecito: si concluida esta lectura caes muerto! Atiende que Dios ha puesto este libro en tus manos y con él la gracia para que te confieses, la de un verdadero arrepentimiento, y la de un propósito firmísimo de la enmienda. Qué esperas? no serás agradecido á Jesus? no te aprovecharás de esa gracia tan extraordinaria? Toma la resolucion de confesarte, de confesarte bien, muy bien; y de confesarte lo mas pron-

to posible. Oh! te detesto maldito pecado, y te amo hermosa virtud, y toma ahora mismo la resolucion de confesarte hoy mismo, ya que es del todo cierto el *ó confesion ó condenacion*. No, lector carísimo, no digas *mañana, mañana* me confieso; porque el dia de *mañana* no es tuyo, ni nadie te lo ha prometido, y porque solo tienes á tu disposicion el dia de *hoy*, y solo depende de tí el *ahora* en que vives. Cuántos están condenados solo porque decian *mañana, mañana* me confieso!

CAPITULO VII.

Debo confesarme ahora, porque este llamamiento es tal vez la última gracia.

29.—*O confesion o condenacion.*—Hubo un tiempo en que el género humano estaba corrompido. porque los viejos se habian corrompido, los hombres de edad madura se habian corrompido, los jóvenes se habian corrompido, y aun los niños mismos llevaban en sus frentes la marca denigrante de la mayor corrupcion. Y qué hizo Dios á vista de un estado tan fatal en que el hombre se habia precipitado? Dios de su parte, para mostrar el sumo desagrado que tenia á vista del hombre asi prostituido, dice *que*